

## Paseando entre fantasmas de narcisos

El otro día leí una frase imbécil, no recuerdo de quién. Decía: "El amor es el poema de quienes no hacen poesía, la idea de los que no piensan y la novela de los que no escriben". El último libro de Francisco Umbral, "Los amores diurnos" (1), ha dado un rotundo mentís a esta frase. Su libro —no sé si llamarle novela, poema o ensayo, porque Umbral, como un torero genial, ha traspasado los géneros y los números en sus libros— es una glorificación del amor y, sobre todo, de eso tan maravilloso sin lo que el amor sería algo insípido, un platónico guiso sin sal ni sazón: el sexo. Su sexo. Su sexo, ese totem pénico, llena las páginas tan vivas de esos amores diurnos con que nos regala. Y no es que se imponga con esa falocracia de que le acusan despistadas aprendices de feminista, sino que se muestra, en buen contraste con el también constante amor y respeto al sexo femenino, a la mujer. La mujer está aquí ensalzada, como compañera de placeres y de vida, multidimensional. La Leticia/Lutecia, su heroína, tantas veces penetrada, es una niña/flor que muchos hemos soñado compañera de juegos, y no sólo de juegos de cama.

Hay libros que son una aventura. Este, no: éste es más bien un paseo por un campo de narcisos fantasmas. Narcisista, desde luego, lo es. Pero sólo los tontos piensan que llamarle a alguien narcisista es un insulto. Las más hermosas pasiones y los más bellos juegos están basados en ese amor por sí mismo, en ese ensimismamiento en la propia imagen. No sabemos —la Historia no lo cuenta— si el arquetípico Narciso no acabó por enamorarse verdaderamente del río. Como el perpetuo adolescente resabiado que es, o que nos muestra en sus libros, Umbral juega con su sexo, se masturba literariamente y nos da una flor de erotismo refinado, con esa mezcla de perfume francés y de colonia de nenes que tienen los pocos y mejores libros eróticos de los españoles, que, por cierto, son muy pocos.

Es inevitable, en algunos momentos, la comparación con "Senos", de Ramón —autor del que

Umbral lo sabe todo—. Pero, aún más allá, la comparación podría hacerse con la prosa vanguardista de los años veinte: hay reflejos de las primeras novelas y cuentos de Antonio Espina, Marichalar y Jarnés. Solamente que en ellos había sólo brillantez, y Umbral tiene más talento que ellos. Ha asimilado perfectamente la enseñanza de esa vanguardia aún no superada —los cuarenta años, de inevitable mención, que la enterraron como cuarenta losas, hicieron imposible cualquier superación, entre otras cosas porque nos la ocultaron— y la ha trascendido. Hay en él todo el brillo surrealista, y esa fascinación, como de niño ante un escaparate de objetos brillantes, por lo que es moderno. Vemos, en sus páginas, chisporrotear decibelios, volar pájaros metálicos. Pero aquí es oro todo lo que reluce, un oro no necesariamente convertible en monedas, pero sí en algo más interesante para nosotros: en pura literatura, sin aleaciones.

Lleva muchos libros Umbral —cuarenta, tal vez?— trasmutando su vida en literatura. A veces se disfraza de Larra, de Baudelaire, de Ramón o de González-Ruano, pero siempre es él mismo. Le adivino como un hombre no adscrito a partidos ni movimientos, pero siempre partidario de algo, siempre en movimiento, en un movimiento que él mismo hace.

"Los amores diurnos" no son —y esto sea tal vez un fallo— pornografía. A pesar de sus referencias continuas al sexo, al ano y a todos esos recovecos secretos del cuerpo, tan hermosos, no consigo excitarme. Sólo me gusta. Pero me pasa como con los surrealistas, como con Georges Bataille: su desnudez es estética, su sexualidad es escritura, y no de-



Francisco Umbral.

## Agustín Acosta (1886-1979), poeta nacional de Cuba

¡Oh musa de la patria,  
no es esto lo que Martí había  
[deseado!  
Agustín Acosta, "La zafra"

vadean arroyos, cruzan las  
[montañas,  
llevando la suerte de Cuba  
[en las cañas".

De la caña de azúcar diría:

"Se ignora, mientras rauda  
[dansas en la turbina  
si serás nuestra gloria o se-  
[rás nuestra ruina".

El poeta nacional de Cuba, Agustín Acosta (Matanzas, 1886), uno de los poetas cubanos más estimables en la continuación y renovación del Modernismo, junto a otros poetas de su generación, como José Manuel Poveda (1888-1926), Regino Boti (1879-1958) y Dulce María Borrero (1883-1945), falleció el 10 de abril de este año, en Miami, donde actualmente residía.

De temprana carrera literaria, iniciada en "Letras", en 1906, bajo la influencia rubendariana y del poeta matancero, Federico Urrbach, Acosta, que fue telegrafista, notario público y político, secretario de la Presidencia en 1934-35 y senador de la República, llegó a su madurez poética, con la publicación de su tercer poemario "La zafra", en 1926, donde la conciencia nacionalista, se asoma a los problemas socioeconómicos y políticos de la isla antillana, con preclaros veros de la realidad nacional:

"Mientras lentamente  
los bueyes caminan,  
las viejas carretas rechinan,  
[nan, rechinan  
lentas, van formando lar-  
[gas teorías  
por las guarrayas y las  
[servientas,

BIBLIOGRAFIA DE AGUSTIN ACOSTA. (Poesía)

"Ala", 1915; "Hermanita", 1923; "La zafra" (poema de combate), 1926; "Los camellos distantes", 1936; "Últimos instantes", 1941; "Las islas desoladas", 1943; "Jesús" (poema), 1956; "Camino de hierro", 1963.

seo. Algo así como lo que han pretendido los franceses con sus Emmanuelles innumerables y, en un plano superior, en algunos relatos de André Pieyre de Mandiargues. Pero las Emmanuelles no lo han conseguido, porque están envueltas en papel de celofán, y no desnudas. Si las películas de sexo se acercasen, aunque sólo fuera mínimamente, a la belleza y a las sugerencias que hay en el libro de Umbral, yo me apuntaría a todas.

Y queda otra dimensión: las continuas referencias al mundo literario —que para Umbral, y para mí, son tan vida como la vida misma, o tal vez más— nos

remiten a un plano de realidad novísima y brillante. Podemos pasear con Baudelaire, con un triste Baudelaire de provincias, o ser madame Bovary. Pero siempre con el rostro agradable y cansado de Francisco Umbral como fondo. ■ EDUARDO HARO IBARS.

## USA y sus intelectuales

Lo primero que cabe decir de "El poder de la palabra" (1), li-

(1) Amando de Miguel: "El poder de la palabra". Col. Ciencias Sociales, Editorial Tecnos.

(1) Editorial Kairós. Barcelona.

bro que su autor subtítulo como "Lectura sociológica de los intelectuales en Estados Unidos", es que se trata de un indispensable instrumento para acercarnos a la realidad del imperio USA.

Amando de Miguel se aproxima a los USA a través de su élite intelectual, de influencia creciente en la formulación de alternativas económicas y políticas para el equipo dirigente. Si en décadas anteriores la intelectualidad norteamericana se sen-

tía insignificante y alienada, en los últimos tiempos se ha institucionalizado, constituyendo un grupo social poderoso y privilegiado que se articula a través de sus polémicas en una serie de revistas y su integración en círculos de ideas afines. De Miguel establece la tipología del intelectual estadounidense investigando su relación con el poder. Así nos encontramos con los **mandarines** (intelectuales que ejercen el poder) y los **letrados** (intelectua-

les que están al servicio del poder); frente a ellos, los **revolucionarios** (intelectuales militantes en organizaciones de izquierda), los **críticos** (intelectuales que apoyan a los militantes) y los **compañeros de viaje** (intelectuales sin una militancia específica, pero que se sienten próximos a la ideología de las izquierdas). Es este un mundillo lleno de peculiaridades fascinantes, como la abundancia de conversos y renegados, que han pasado, por ejem-

plo, del trotskismo de su juventud a posiciones netamente reaccionarias. Para el observador europeo, también causa extrañeza el altísimo porcentaje de judíos o el apreciable contingente de intelectuales que proceden de la clase trabajadora.

Igualmente resulta problemático establecer la distinción básica entre izquierda y derecha. El autor se trasplanta a la escena política norteamericana y agrupa en la derecha a conservadores, neoconservadores y liberales; en la izquierda, están los socialdemócratas y los radicales. A partir de estas tendencias básicas realiza un complejo ideograma que sirve de mapa para internarse en el mercado de las ideas. El examen del papel de las fundaciones y los "think tanks", la participación de los intelectuales en el "establishment", los matices de las diversas revistas y de los principales jefes de grupo completan el panorama. Y en el fondo, la cuestión que atormenta a la clase intelectual de USA: su distanciamiento respecto a los movimientos sociales (lamentablemente, Amando de Miguel soslaya la otra cara de la relación, el supuesto antiintelectualismo del pueblo americano).

Integrada la clase trabajadora en la sociedad capitalista, no ha sido posible establecer un partido de oposición basado en un movimiento de masas. De hecho, la pérdida de energía revolucionaria de estas clases trabajadoras ha ido acompañada por un creciente conservadurismo que ha sido útil para los Nixon, los Goldwater y hasta para un presidente supuestamente reformista como Jimmy Carter. Asimilando a la larga estas críticas —como ocurrió con la mayoría de las propuestas de la contracultura y la nueva izquierda—, el sistema se refuerza y perfecciona. Y los intelectuales norteamericanos se sienten cada vez más frustrados, de la misma forma que aumenta su mala conciencia ante las dádivas con que les obsequia el poder.

"El poder de la palabra" es una obra sorprendentemente amena y rigurosa que se enriquece con una amplísima bibliografía. Para nosotros, habitantes de la periferia del imperio, resulta ser una espléndida herramienta para la comprensión de los Estados Unidos. Es decir, para nuestra defensa. ■ DIEGO A. MARRIQUE

## ADIOS A LAS LETRAS

### La guerra de las memorias

Jorge Edwards, el novelista chileno cuya actitud ante la vida es diplomática, hablaba hace algún tiempo de la dificultad que tiene el hispanico para escribir memorias. Los anglosajones, decía el anglofilo Edwards, son unos maestros en el arte de memorizar. Los anglosajones y Proust, que inventó la memoria personal a partir de una madalena bien mojada en chocolate.

Este país no habrá hecho memoria, pero lo que sí ha hecho es dar el material suficiente para que los otros memoricen a su costa. Nuestra guerra civil ha sido un buen caldo de cultivo para otras literaturas. Nosotros nos conformamos con protagonizar los hechos; no los relatamos. Por tanto, al final nos quedamos como espectadores de nosotros mismos.

Lamentablemente, en los últimos tiempos los españoles nos hemos aproximado al género de las memorias de la mano de los políticos, que cuando están más o menos en activo hablan a media lengua y no dicen ni la mitad de lo que les dictaría la mala uva que han ido concentrando. Paseos literarios como los realizados por su pasado por Arelliza y Garrigues (padre) no son demasiado útiles como para decir que en esa área de la memoria nosotros hemos entrado por la puerta mayor. Aunque Caro Baroja, con sus Baroja, es una excepción que los desmemoriados no debemos olvidar.

Todavía tienen que venir a enseñarnos a recoger las memorias, los recuerdos, los restos de nuestro principal naufragio. Ronald Fraser, un escritor anglosajón, ha sido el penúltimo: durante dos años se pateó el Estado español hablando con lo que él llama "la gente corriente". Resultado de esas conversaciones ha sido su libro "Recuérdalo tú y recuérdalo a otros", que el periodista Juan Luis Cebrián presentó el otro día en Madrid con estas palabras: "La gente que participó en la guerra quiere olvidarla. Los que no la hicimos queremos estudiarla y conocerla. La única forma de superarla es estudiándola". A nosotros el sol nos pierde, nos hace perezosos. Así que son otros los que nos estudian ese episodio.

Hasta los rusos hacen sus memorias, a pesar del silencio de vodka y dacha a que nos tienen acostumbrados. Este país avanza sin las memorias de Franco, que una vez dijeron que las había escrito ya Emilio Romero, aunque uno se imagina que es Ricardo de la Cierva el que las tiene bajo llave en su despacho teórico de la Moncloa. Los rusos no se quedarán, sin embargo, sin las memorias de Brejnev, ese ser enigmático que sólo vive para enfermarse, escribir memorias y retirarse mientras da un cartapacio. La televisión ha servido para decirnos que lo único que hacen los políticos extranjeros es intercambiarse cartapacios. Lo único que hace Adolfo Suárez, por otra parte, es abrocharse el botón de su chaqueta,

como si ahí tuviera un reanimador para sus discursos de investidura.

Está bien que sean los escritores españoles los que presenten las memorias ajenas. Antonio Hernández Gil, que inventó el estructuralismo para la palabra hablada, presenta a Brejnev, junto con Guillermo Díaz-Plaja. Pobre Brejnev: cuando él se creía curado de su enfermedad intermitente se encuentra que en un país propenso a la OTAN lo presentan un extremeño liberal y un catalán que ha pisado la



Presentación del libro de Ronald Fraser a cargo de Juan Luis Cebrián.

URSS y luego se ha quitado el polvo de los zapatos como hizo Pérez Galdós cuando dejó Canarias y en Cádiz se encontró con que un galijarro le molestaba en las uñas. Los canarios nunca se lo perdonaron a Galdós.

Aparte de presentar los recuerdos que escriben otros, los españoles siguen haciendo novelas, que es lo que nos sale más fluido. Ahí está Vicente Molins-Folix, otro anglofilo que todavía no narra memorias, que estos días publica "La comunión de los atletas", una novela en la que me imagino que no se me va a hacer deportista, aunque la prolongada vida londinense lo tiene bien flaco y predispuesto para el ejercicio físico. Ahora se va a venir a España, quizá a escribir sus memorias inglesas.

Nosotros nos tenemos que ir al extranjero para poder prepararnos a participar en la guerra de las memorias. Cuando nos quedamos por aquí perdemos el recuerdo y han de ser otros los que nos lo rescaten, mientras nosotros escribimos una novela o deseamos el fin de la dictadura. ■ SILVESTRE CO-DAC.